

De la resistencia a la ofensiva: el programa alternativo de los movimientos sociales

Theotonio Dos Santos*

* *Profesor titular de la
Universidad Federal
Fluminense (Niteroi, RJ),
director de la Cátedra y Red
de la UNESCO y de la UNU
sobre Economía Global y
Desarrollo Sostenible.*

Los movimientos sociales bajo el auge del neoliberalismo

Aunque a veces pueda ser difícil reconocer el cambio de las condiciones subjetivas en los procesos sociales, resulta cada vez más claro que en la actualidad se está produciendo una significativa transformación de las subjetividades de nuestros pueblos. Los últimos veinticinco años de experiencia neoliberal, comandada a nivel internacional por el FMI y por el Banco Mundial, sumergieron a nuestros países en graves problemas económicos que colocaron a la defensiva a los movimientos sociales de la región. El desempleo, la inflación, la caída de los niveles salariales, la falta de inversiones productivas, de infraestructura o sociales y la ausencia de nuevos empleos –consecuencia de esta situación– conforman un conjunto de fenómenos que fue destruyendo el tejido social, deshaciendo las lealtades institucionales, rompiendo los lazos sociales y abriendo camino a la violencia, la droga y la criminalidad en sus más

variadas formas de expresión. En este sentido la secuencia de recesiones sucesivas sometió sobre todo a los trabajadores a una situación crecientemente defensiva. Sus principales armas, como la huelga y otras formas de interrupción del trabajo, perdieron fuerza en la medida en que amplias masas de desempleados o recién llegados a la fuerza de trabajo están siempre dispuestas a sustituir a los trabajadores activos. Por otra parte, si bien las posibilidades de luchas callejeras han alcanzado cierto auge, el enfrentamiento con formas despiadadas de represión obliga a los movimientos a retroceder abriendo camino a la acción de los “lumpen” o “sub-proletarios”, que no disponen de programas de lucha organizados y consecuentes.

En otro sentido, estos veinticinco años de recesión se combinaron también con un período de represión institucional y regímenes de excepción apoyados en distintas formas de terror estatal. En realidad, los regímenes de excepción empezaron antes de la fase de la recesión sistemática que fue aplazada en la década del setenta por la incorporación de recursos externos en forma de préstamos internacionales a bajo precio a partir del reciclaje de los petrodólares. Así, en la década del ochenta comienza la exigencia del pago inmediato de los intereses, incrementados en razón del crecimiento de la deuda a partir de las sucesivas e irresponsables renegociaciones y por el aumento de las tasas internacionales de interés adoptado por el tesoro de los Estados Unidos.

Esta combinación de recesiones sucesivas (que no debemos llamar *estagnación* porque implicaban cambios económicos y sociales perversos, como lo habíamos previsto en nuestros estudios del final de la década de los sesenta), regímenes de excepción, terrorismo de Estado y reducción del nivel de vida de los trabajadores, fue seguida por una ofensiva ideológica contraria a sus conquistas y a las mejoras obtenidas por el conjunto de la población a partir del crecimiento económico anterior. La ofensiva ideológica neoliberal alcanzó su auge en la segunda mitad de los años ochenta, con la política derro-

“... la secuencia de recesiones sucesivas sometió sobre todo a los trabajadores a una situación crecientemente defensiva. Sus principales armas, como la huelga y otras formas de interrupción del trabajo, perdieron fuerza en la medida en que amplias masas de desempleados o recién llegados a la fuerza de trabajo están siempre dispuestas a sustituir a los trabajadores activos”

tista llevada adelante por los liderazgos políticos de la Unión Soviética y de la Europa Oriental. A partir de la caída de los regímenes del llamado “socialismo real” se abrió así una ofensiva neoliberal que implantó un verdadero terror ideológico. Cualquiera que reivindicara una crítica al capitalismo o al quimérico “libre mercado” era inmediatamente segregado de los medios de comunicación de masas. Era la época del “fin de la historia”, del fin del socialismo y del marxismo.

Durante estos últimos veinticinco años, los movimientos sociales de la región estuvieron pues bajo el impacto de situaciones críticas, que derivaban no sólo de las dificultades económicas que podrían haberse superado con políticas de preservación del interés nacional, negándose a pagar una deuda internacional altamente cuestionable con tasas de interés totalmente insanas. Sin embargo, prevalecieron los intereses ligados al pago de esta deuda con las sucesivas renegociaciones de la misma y las inmensas comisiones que acarrearaban. A su vez, se afirmó durante este período una típica burguesía “compradora” que se impuso progresivamente sobre los capitales locales, impedidos por las políticas neoliberales de sacar ventaja de los cambios en el comercio mundial. Dichos cambios en realidad fueron principalmente aprovechados por los países asiáticos que no dependían tan directamente de los préstamos internacionales para sostener sus políticas de exportación y crecimiento económico. Países que, ayudados por las profundas reformas agrarias realizadas a posteriori de la Segunda Guerra Mundial, disponían de mercados internos más amplios y de importantes políticas educativas implementadas con el fin de neutralizar la influencia de los regímenes socialistas en el Sudeste Asiático.

Los movimientos sociales clásicos de Latinoamérica se vieron muy limitados frente a estos radicales cambios socioeconómicos. Estos movimientos se habían reflejado fundamentalmente en la alianza entre campesinos, intelectuales (particularmente el movimiento estudiantil) y obreros que, unidos bajo una ideología nacional democrática, eran, sobre todo, el sostén de la clase ascendente en la región, una burguesía nacional que aspiraba a alcanzar un desarrollo económico que la elevara al nivel de las burguesías internacionales. Por otra parte, los obreros, campesinos y amplias capas de las clases medias urbanas parecían aspirar a un estado de bienestar similar al europeo que les permitiese alcanzar una mejoría sustancial de su nivel de vida dentro de un capitalismo independiente, basado cada vez más en su propio desarrollo industrial, tecnológico y social. Es evidente que esta alianza estaba atravesada por enormes divergencias internas aunque, por el otro lado, la unificaba la lucha en común en contra de los intereses de los sectores exportadores agrarios o mineros que ignoraban las exigencias del desarrollo nacional y de la diversificación productiva, y la voluntad de estas nuevas clases o sectores por alcanzar un nuevo nivel económico-social.

Los movimientos campesinos

En primer lugar los campesinos sufrían bajo la dominación de los señores de la tierra, que los sometían a condiciones extremadamente negativas en términos económicos y culturales. Solamente las comunidades indígenas poseían los medios para autodirigirse, a pesar de las represiones sufridas históricamente. En este sentido los campesinos fueron “la cabeza” de una insurrección popular extremadamente impactante: la revolución mexicana (1910-1917), donde demostraron su capacidad militar y su disposición de luchar por la tierra. La reforma agraria aquietó en gran parte la agitación campesina, a pesar de que en los años treinta y cuarenta volvieron a la carga para exigir condiciones más favorables de gestión de la tierra, financiamiento y comercialización, que condujeron a la formación de los ejidos mexicanos, forma suprema de organización del campesinado apoyada en sus orígenes comunitarios indígenas. A pesar de las huelgas de masas de los trabajadores de las grandes empresas agrícolas exportadoras –que sostuvieron a Sandino o impusieron la huelga de masas en El Salvador– el movimiento campesino recién pudo alcanzar una victoria significativa durante la revolución en Guatemala con Jacobo Arbenz en 1952 y particularmente con la revolución boliviana (derrotada en 1954) cuando las milicias campesinas y mineras controlaron el país; así como en la década de los cincuenta surgieron las Ligas Campesinas lideradas por Francisco Julião en Brasil. En los años sesenta la estrategia anti-insurreccional comandada por los militares estadounidenses absorbió finalmente la propuesta de una reforma agraria ordenada que se aplicó sobre todo en el Chile demócrata-cristiano bajo la presidencia de Eduardo Frei. Esta reforma agraria se hizo más radical, completa y profunda en los años 1970-1973 bajo el gobierno de la Unidad Popular, teniendo como presidente a Salvador Allende.

En todos esos años, la reivindicación por la tierra estuvo en el centro de las luchas populares y de la alianza obrero-campesina, que contó con un fuerte apoyo estudiantil y de sectores de la clase media urbana; proceso y reivindicaciones que se prolongaron hasta la revolución sandinista en Nicaragua. Sin embargo, en las décadas del ochenta y noventa el fuerte control de las multinacionales sobre la producción agrícola en vastas regiones del continente cambió dramáticamente el sentido de la lucha campesina. Así, entre 1960 y 1990 se completó un proceso de emigración del campo a la ciudad que expulsó definitivamente vastas capas de pequeños propietarios agrícolas y consolidó la gran y mediana empresa agroindustrial articulada con las transnacionales exportadoras y manufactureras de productos agrícolas. A lo largo de este proceso habrá de desarrollarse la figura del asalariado agrícola temporario y surgirá un nuevo movimiento campesino de carácter sindical que ya, sólo en una pequeña medida, ejercerá presión sobre la tierra.

El caso brasileño es paradigmático en este sentido. Los “boias frías” (así llamados por la comida fría que llevaban para sus precarias refecciones en un espacio agrícola ultra-

especializado y mecanizado) habrán de inundar las zonas rurales del Brasil. Recién en la década del ochenta resurgirá la demanda por la tierra en la medida en que el desempleo comienza a incrementarse en las zonas rurales y en las pequeñas ciudades. De este proceso surge el Movimiento



© Clara Algranati

de los Sin Tierra (MST) que presiona por una reforma agraria más ágil y profunda pero que no cuestiona la legislación que propone la compra de las áreas no cultivadas a precio de mercado para distribuir a los campesinos sin tierra. En esta perspectiva la fuerza del MST no parece derivar tanto de la radicalidad de su demanda sino de sus métodos de lucha para forzar la reforma agraria (ocupaciones) y de sus métodos de gestión comunitaria de las tierras ocupadas (asentamientos) así como de su concepción socialista de una economía donde los campesinos puedan alcanzar su pleno desarrollo. Por otra parte su preocupación por la tecnología agrícola de punta, por las cuestiones ambientales y por la educación de sus cuadros y de sus hijos los colocan ciertamente a la vanguardia de toda la sociedad brasileña. Ellos se preparan así para enfrentar a las transnacionales agroindustriales en una perspectiva de largo plazo que confronta con los conservadores brasileños. Es necesario resaltar, sin embargo, un fenómeno nuevo que hace posible esta concepción de largo plazo del MST: ellos cuentan con el fuerte apoyo de la Pastoral de la Tierra en Brasil. La Iglesia ha decidido que ni puede entregar el mayor país católico del mundo a la saña de las élites explotadoras, ni arriesgarse a tener que enfrentar una revolución social anticatólica, que sería un golpe muy fuerte al catolicismo en tanto religión con pretensiones de universalidad.

El movimiento obrero

En segundo lugar el movimiento obrero latinoamericano ha sido el otro sostén histórico de las fuerzas populares en el continente. Sus primeras formaciones se encuentran en las poblaciones mineras de finales del siglo XIX. En la primera década del siglo XX encontramos una primera ola de industrialización en varios países de la región que se sostuvo en gran parte con el trabajo de inmigrantes europeos, particularmente españoles e



© Clara Algranati

italianos. Estos inmigrantes trajeron consigo la ideología anarquista y encontraron terreno fértil en una población trabajadora de artesanos y pequeños empresarios. Lejos de olvidar sus aspiraciones revolucionarias al arribar a estas tierras tropicales o semi-tropicales, estos trabajadores desplegaron la bandera de la huelga general revolucionaria a la cual se aproximaron hacia finales de 1910 –después de la expansión industrial durante la I Guerra Mundial y la contracción económica que le sucedió. En los años revolucionarios de la posguerra se multiplicaron los intentos de huelga general revolucionaria, que sin poder alcanzar ningún resultado concreto fueron confrontados por la represión brutal de las oligarquías locales. Sin embargo, las noticias sobre la victoria de la revolución “maximalista” en Rusia abrieron camino para la adhesión de los anarquistas a la propuesta de la Internacional Comunista y, en los años veinte, habrá de conformarse un importante movimiento obrero comunista en la región. Esta creciente hegemonía comunista en el movimiento obrero –con excepciones, por ejemplo en Argentina, donde había un partido obrero que pertenecía a la Internacional Socialista– se vio confrontada recién a partir de las décadas del treinta y cuarenta con la orientación que intentaban ejercer la nueva burguesía industrial y sus ideólogos más competentes sobre la población rural que migraba a las ciudades a la luz de la nueva ola industrial. Se recortaba así un perfil nacional-democrático como formador de esta nueva clase obrera. Dependiendo de la capacidad que tuvieran comunistas y socialistas de adoctrinar al movimiento obrero en una perspectiva socialista, la orientación promovida por esta burguesía industrial naciente planteaba la posibilidad de articular la cuestión nacional y el antiimperialismo que motivaba las luchas nacionales frente a la dominación de un capitalismo nortea-

americano en expansión y que habría de convertirse en el centro hegemónico del sistema mundial después de la Segunda Guerra Mundial. Así, con la creciente denuncia por parte del movimiento comunista respecto del carácter imperialista de la política estadounidense –tras la ruptura de la alianza antifascista entre la Unión Soviética y EE.UU. y el inicio de la Guerra Fría en 1947– empieza a desarrollarse un nuevo frente antiimperialista que encuentra su punto más alto en Brasil hacia finales de los años cincuenta, después del suicidio de Getulio Vargas –amenazado por un “impeachment”– y durante el gobierno Kubistchek-João Goulart. Los comunistas, que habían estado tan sólo dos años en la legalidad (habían pasado a la ilegalidad en 1947) pasan entonces a condiciones semi-legales a comienzos de la década del sesenta, particularmente durante el gobierno de João Goulart, entre 1961 y 1964. En ese momento, la tesis de *la unidad* entre la burguesía nacional y el movimiento popular obrero-campesino-estudiantil habría de convertirse en un principio estratégico fundamental. Concepción que, sin embargo, fue derrotada por los golpes de estado promovidos bajo la doctrina de la seguridad nacional, como el de 1964 en Brasil, el de Onganía en Argentina en 1966, y las nuevas experiencias militaristas como la de Hugo Banzer en Bolivia.

En esta misma época surgía una nueva realidad estratégica en América Latina. La declaración de Cuba como República Socialista en 1962 –en respuesta a la invasión de Bahía de los Cochinos– introdujo en la región la cuestión del socialismo como forma inmediata de transición hacia un nuevo régimen económico-social colectivista. Esta nueva experiencia pasó a influenciar a sectores significativos de las fuerzas políticas de izquierda, alcanzando su expresión más elaborada en el programa socialista de la Unidad Popular en Chile. Entre 1970 y 1973 se intentó en este país una experiencia absolutamente insólita: realizar una transición hacia un régimen de producción socialista en condiciones de legalidad democrática. De este modo, esta experiencia introdujo una nueva dimensión en el movimiento obrero de la región y de todo el mundo.

La violencia de la represión de los gobiernos militares impuesta en Chile y en otros países chocaba también con la experiencia de un gobierno militar nacional democrático en Perú, iniciado en 1968. La vuelta del peronismo a la legalidad en Argentina y su victoria aplastante en las elecciones de 1973 habían generado pánico en las clases dominantes y en los centros de poder imperialista. Era “el desastre total”, si se consideraba además la inminente derrota de Estados Unidos en Vietnam. Más que nunca la represión y el terror estatal se desarrollaron hasta sus formas más extremas. No hay duda que el terror fascista inaugurado por Pinochet y profundizado por los golpistas argentinos llevó hasta el paroxismo la represión en la región.

Resulta natural por lo tanto que el movimiento obrero haya renacido hacia fines de la década de los setenta y los ochenta bajo formas más cautelosas y que asumiera las ban-

deras de los derechos humanos, de la amnistía y del restablecimiento de la democracia. En este ambiente, las propuestas neoliberales encontraron un campo fértil con la autodestrucción del socialismo soviético y euro-oriental. En realidad, la concepción neoliberal penetró definitivamente en los partidos de izquierda llegando a su formulación más sofisticada bajo la llamada Tercera Vía que se explicitó en la década del noventa. Se trataba de combinar la tesis de que no hay alternativa frente a la concepción neoliberal de la economía, con un programa de políticas sociales (o compensatorias, como lo plantean el FMI y el Banco Mundial al aceptar los efectos negativos “provisorios” de la “transición” hacia el “libre mercado”). Era evidente la debilidad teórica y práctica de esta propuesta que fue enseguida abandonada en la medida en que el neoliberalismo se hacía cada vez más insostenible tanto en el plano teórico como doctrinario y práctico. El movimiento obrero se encuentra aún bajo el efecto de estas confusiones ideológicas pero ha recuperado buena parte de su capacidad política durante el crecimiento económico sostenido acontecido entre 1994 y 2000 cuando el desempleo en Estados Unidos cayó del 12% al 3,4%. La demostración de la posibilidad de volver al pleno empleo provocó una revitalización de la militancia sindical norteamericana incluso con la reorientación de la central sindical AFL-CIO hacia tesis progresistas. Por otra parte en América Latina durante este período el movimiento obrero estuvo en ascenso solamente en Brasil –en los años setenta, parte de los ochenta y en algunos momentos aislados de los noventa. La explicación respecto de esta pérdida de combatividad en los últimos años se encuentra fundamentalmente en las dificultades de convivir con un desempleo creciente resultado de la recesión permanente.

“En realidad, la concepción neoliberal penetró definitivamente en los partidos de izquierda llegando a su formulación más sofisticada bajo la llamada Tercera Vía que se explicitó en la década del noventa”

Nuevos movimientos sociales

De las fuerzas clásicas del movimiento popular de la fase nacional-democrática, el movimiento estudiantil fue el que más sufrió al haberse sumergido más fácilmente en

el mundo del debate ideológico a la vez que se convertía en el centro de luchas sociales, aislándose de esta manera cada vez más. La expansión del número de estudiantes superiores provenientes de las clases medias y de las universidades privadas hubo de disminuir el carácter de élite intelectual que este movimiento tenía hasta el inicio de la década de los setenta. En dicha década el programa del movimiento estudiantil se hizo cada vez más radical, acentuando la separación entre este y las masas populares. La represión terminó afectándolo considerablemente, disminuyendo su militancia y liderazgo. Sin embargo, a pesar de haber perdido mucha de su fuerza, ha dejado un profundo rastro ideológico como resultado de los movimientos de 1968.

Por otra parte, en los años ochenta y noventa cobraron especial fuerza los movimientos de los barrios antes llamados “marginales” y hoy “excluidos”. A partir de su creciente organización, dichos movimientos consiguieron mayores recursos fiscales aunque insuficientes para revertir sus dificultades básicas. Asimismo, el aumento de la actividad del comercio de drogas prohibidas —sobre todo la cocaína— ha abierto la posibilidad de un relativo enriquecimiento para aquellos que pasan a formar parte de los ejércitos criminales organizados; una situación similar a la de Chicago entre los años 1920 y 1930. Esta presencia de factores criminales en los barrios miserables ha servido a justificar una creciente adhesión de los partidos de izquierda y de los movimientos populares con responsabilidades de gobierno a las técnicas de la represión social. Así, al abandonar la tortura y otros comportamientos violentos en el plano político, las fuerzas de la represión han vuelto a concentrarse en la represión de los pobres y los criminales de origen popular.

Al mismo tiempo, estos movimientos sociales son cada vez más influenciados por fuerzas sociales emergentes como los movimientos de género, los indígenas, los negros, en defensa del medio ambiente y otros que imponen nuevos temas en la agenda de las luchas sociales. El punto de partida de dichos movimientos parece asumir formas liberales en sus comienzos en relación con la defensa del derecho al voto, de garantizar jurídicamente iguales derechos por género, de valorizar sus características propias, de reconocer su identidad y sus características étnicas como parte sustancial de la cultura nacional. Sin embargo, con el tiempo, estas reivindicaciones pasaron a integrar un proyecto político-cultural que exige el rompimiento con la estructura económico-social que genera el machismo, el racismo y el autoritarismo. En este proceso se encuentra una identificación sustancial entre el modo de producción capitalista, como fenómeno histórico, con estas formas culturales que penetran profundamente toda la superestructura de la sociedad moderna. Asimismo se cuestiona la pretensión de una racionalidad iluminada que tendría como cuna a Occidente y que justificaría el colonialismo despreciando sustancialmente la importancia de culturas y civilizaciones del Oriente o de las comunidades indígenas precolombinas. Los movimientos sociales comienzan así a romper con la ideología de la modernidad como forma superior y única de civilización. Este enfoque

ha dado una fuerza muy especial a estos movimientos, al presentarlos como fundamento de un nuevo proceso de civilización pluralista, realmente planetario, pos-racista, pos-colonial y quizás pos-moderno.

Internacionalización de las luchas sociales

Encontramos ahí las raíces de un nuevo avance del proceso de internacionalización de las luchas sociales, fenómeno que ya estaba inscripto en las movilizaciones de 1968 pero que cobra especial significación después de la caída del campo soviético, cuando estas luchas alcanzan la dimensión de un gigantesco movimiento de la sociedad civil contra la globalización neoliberal. Después de Seattle en 1999, los encuentros del Foro Social Mundial en Porto Alegre y las manifestaciones de masas que los sucedieron en varias partes del mundo, ya comienza a perfilarse una nueva realidad de los movimientos sociales que indica una dinámica no solamente defensiva sino también ofensiva. Su articulación con fenómenos políticos se hace también más evidente a partir del surgimiento de formas de lucha insurreccionales nuevas, como el Zapatismo en México, que con su despliegue internacional en la convocatoria contra el neoliberalismo despierta la adhesión de personalidades de todo el mundo. En el mismo sentido vale mencionar la emergencia de movimientos indígenas de resistencia que, en algunos casos, terminan derrocando a gobiernos y dando origen a partidos y nuevas coaliciones políticas, como ocurrió en Bolivia y Ecuador. Además resulta interesante tener en cuenta el éxito electoral del Partido de los Trabajadores en Brasil, que también surge de una articulación de movimientos sociales. Todos estos fenómenos latinoamericanos forman parte de una nueva ola de transformaciones que tiene fuertes raíces tanto en los nuevos movimientos sociales como en su articulación con las fuerzas de los movimientos sociales clásicos y con la evolución de la izquierda, e incluso hasta con sectores nacionalistas de las clases dominantes, y que produce un complejo proyecto histórico aún en constitución.

Cuando la historia de la región atraviesa un largo período recesivo marcado por el abandono del proyecto desarrollista nacional-democrático que es confrontado, a hierro y fuego, tanto por la represión imperialista como por gran parte de la clase dominante local; cuando la historia de este período se confunde con la dominación brutal de los intereses financieros que pone a todas las fuerzas productivas a su servicio –incluso al Estado, que aumenta su intervención en la economía para transferir recursos hacia este sector–; cuando todo esto se hace en nombre de una ideología reaccionaria que se presenta como la expresión última de la modernidad y como el “pensamiento único” resultado del fin de la historia; en tales circunstancias, el programa alternativo que se dibuja no puede restringirse a la sola resistencia económica y cultural. El programa alternativo debe asumir un carácter global, el de un nuevo marco teórico y doctrinario que proponga



© MST Brasil

una nueva sociedad, una nueva economía y una nueva civilización. Mientras esta tarea de décadas se despliega, se van dibujando las luchas parciales que asumen un carácter cada vez más sustancial. La integración regional latinoamericana, por ejemplo, adquiere dimensiones concretas en el MERCOSUR y en la Comunidad Sudamericana que cuenta con el apoyo sustancial del ideal bolivariano. Al mismo tiempo, este ideal es convertido en doctrina de Estado y de gobierno en Venezuela, inspirándose profundamente en la dinámica de la democracia participativa fuertemente articulada con la lógica de los movimientos sociales.

Muchas serán aún las novedades ideológico-políticas que surgirán en este nuevo contexto. En el proceso electoral de Lula en Brasil se unieron sectores sociales hasta entonces desarticulados, en busca de un nuevo bloque histórico que agrupara las fuerzas de la producción en contra de la dominación del capital financiero. Un perfil similar se dibujó en Argentina después de los grandes movimientos de masas que cuestionaron radicalmente el programa neoliberal. En toda la región se habla de un nuevo desarrollismo que aspira a crear las condiciones de una nueva política económica que reinstaure, en parte, los temas y la agenda de los años sesenta y setenta adaptándolos a las nuevas condiciones de la economía mundial. Lo que importa es la voluntad política; los aspectos técnicos son secundarios y fácilmente solucionables, podemos garantizar ampliamente que nuestros técnicos tienen mayor calidad que los "economistas de tercer rango" que dirigen el FMI y el Banco Mundial, basta para ello simplemente acompañar sus prontuarios de previsiones equivocadas.

Estas son manifestaciones concretas del dibujo de una nueva propuesta que deberá sustituir a la barbarie intelectual del pensamiento único neoliberal e incorporar a la región a una nueva realidad política e ideológica. En ella se debatirán otra vez las grandes cuestiones del destino de la humanidad y los movimientos sociales representarán el terreno fértil en el que brotarán las soluciones cada vez más radicales, pues son las raíces de la sociedad las que estarán en juego: la desigualdad social, la pobreza, el autoritarismo y la explotación. Todo estará de nuevo en la arena de la historia.